

LOS DEBATES.

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

T. I.

QUERÉTARO.—Sábado 26 de Febrero de 1848.

N. 17.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE HACIENDA.

Estando sin proveerse el empleo de segundo ensayador de la casa de moneda de Guanajuato, se anuncia por el presente de orden del Exmo. Sr. ministro, á fin de que los individuos que se juzguen con el mérito suficiente para obtenerlo, ocurran al supremo gobierno con los documentos correspondientes, dentro del término de tres meses contados desde la fecha.

Querétaro, Febrero 7 de 1848.—J. L. Huici.

PARTE NO OFICIAL.

México, 19 de Febrero de 1848.

Los asuntos políticos de la república han hecho crisis. Es preciso que la nación tome otro aspecto en lo venidero. Sea cual fuere el rumbo que siga la administración pública, ha de ser muy diverso del que ha seguido antes. Tal variación está en la naturaleza de las cosas. ¿Se sobrepone el gobierno á los revoltosos? Si lo consigue no podrá sostenerse sino variando de conducta. ¿Se sobrepone alguno de los partidos? Si no adopta otra conducta sino la que todos han observado cuando á su vez se han apoderado del gobierno, sucederá lo mismo. Ya el curso de los negocios exige un cambio indispensable.

El gobierno debe marchar de frente, despreciar todo temor, y prescindir de toda clase de temporizaciones. Un gobierno no da debe temer si no es á los remordimientos de su conciencia. Procurar congraciarse con tal ó tal partido, no disgustarlo, y hasta cierto punto manifestar empeño en adquirirlo por amigo, ó no exaltar sus pasiones como enemigo, es envilecerse, y muchas veces dárles la importancia que no tienen. Obre el gobierno en justicia, y todos los amigos de ella, lo serán suyos. Este es el mejor arbitrio de atraerse las simpatías de los ciudadanos, y de hacerse respetable á los extranjeros.

La actual administración ha dado un paso, que le hará honor. Ha celebrado la paz, y este hecho le ha dado una situación bien pronunciada, cuando la que hasta hoy había tenido era muy equívoca y vacilante. Fueran cuales fuesen sus opiniones privadas, no aparecía en lo ostensible decidido francamente por la paz, ni por la guerra. De consiguiente estos dos grandes partidos en que se ha dividido la república, eran enteramente neutrales para el gobierno, porque no sabían si lo tenían á su favor ó en su contra. Se decidió por la paz, ó como nos expresamos vulgarmente, tomo color, y todos los mexicanos que llevan en sus estandartes ese mismo, formaron su cuerpo de apoyo. El gobierno ha quedado mejor que antes; porque antes no contaba ni con los partidarios de la paz ni con los de la guerra, ó por explicarnos mejor, los tenía en contra, pues cada uno lo culpaba porque no se alistaba bajo su

bandera respectiva. Así que el gobierno por librarse de la oposición de uno de esos dos partidos, sufría la de ambos.

Se decidió por un extremo, y ya cuenta con las simpatías y auxilio que pueden prestarle los que pertenecen á él. De manera que aun suponiendo que la mitad exactamente de la república estuviese por la paz, y la otra por la guerra, hoy contaría el gobierno con la mitad de la nación á su favor, cuando antes, las dos mitades, cuando no le fuesen abiertamente contrarias, le eran del todo indiferentes. No puede el gobierno dejar de conocer estas verdades, pero no basta que las conozca, es preciso que indague las causas de donde han dimanado los hechos. ¿Cuál puede asignarse si no es la decisión franca que ha manifestado, decidiéndose por la paz? Pues si obrar con franqueza y energía es el modo de hacerse prosélitos, seguir la misma conducta será el medio inflexible de aumentarlos hasta reducir á su mínima expresión el partido contrario.

Aun hay otra ventaja en haberse decidido por la paz y consiste en que la contienda entre los partidarios de esta y los de la guerra, debe ser de palabras y no de obras, así como lo ha sido y está siendo en los Estados Unidos. El partido de la guerra ha quedado reducido á solo sus adictos, sin esperanza de prosélitos, pues para que los tenga, es preciso que los tome del partido de la paz á cuyos individuos ó seduzca ó convenza. Pero ¿cómo podrá lograr esto, cuando los defensores de la paz, que no han querido una guerra, tienen que sostener entonces dos, una primero contra el gobierno y los partidarios de la paz, y otra contra el enemigo extranjero?

En una palabra, para combatir hoy la paz y volver á la guerra, es necesario echar abajo al gobierno, es decir, que para que los sostenedores de la guerra, puedan llevar adelante sus miras, es preciso que comiencen por una intestina, á fin de que después pueda continuar la exterior. Y ¿qué buen mexicano puede aprobar esto? En qué entendimiento cabe semejante absurdo? Los que están por la guerra deben conocer claramente, á menos que se cieguen á propósito para no percibirlo, que una guerra intestina en estas circunstancias es preparar el camino, y llenar de flores la senda, que ha de conducir al enemigo exterior á la invasión de toda la república.

Supongamos el hecho tal como debía acontecer, si hubiera un pronunciamiento en favor de la guerra. Los revoltosos reunían sus fuerzas, el gobierno las suyas, y comenzaba la lucha. En el entretanto los americanos ¿estarían, como suele decirse, con las manos cruzadas esperando el triunfo de los contendientes? ¿Es esto creíble? Mientras mas fuerte supongamos que pudiera hacerse el partido de la guerra después de derrocar al gobierno, mas empeño habían de tomar los americanos en impedir que progresara; de consiguiente con cualquier pretexto formarían una tercera entidad en la contienda, y hé aquí una ocasión muy favorable para que avanzaran cuanto pudieran, con el fin de que si el partido de la guerra triunfaba, los encontrara en una posición muy ventajosa.

Pero supongamos que los americanos se mantuvieran simples espectadores de nuestra contienda interior, ¿no es cierto que la

república quedaría mucho mas débil de lo que hoy está, después que uno de los partidos beligerantes hubiese obtenido el triunfo? Y si por desgracia se hubiera éste declarado en favor de la guerra, ¿cuál sería la que podría sostener después con fruto un partido que debía haber quedado bastante malttratado en la intestina? Si pues el objeto de destronar al gobierno, es continuar la guerra contra los americanos, ¿qué clase de preparativo es debilitarse, en vez de reforzarse antes de hacerla? Creemos que son tan obvias nuestras reflexiones, que no se escaparán al entendimiento menos perspicaz, por lo que el gobierno debe marchar sin temor, en la confianza de que no es probable que haya mexicanos, verdaderamente amantes de su patria, que se dejen seducir con declaraciones estériles, ni argumentos especiosos.

Pero se nos dirá que muchos de los que atacan al gobierno, porque quieren que continúe la guerra, y no haga la paz, lo solicitan únicamente por su interés particular, que nada les importa que la nación gane ó pierda, pues sus miras no son otras sino las de ver qué provecho sacan de una revolución, cualquiera que sea, y mientras mas complicada mejor para ellos. Si tal cosa se nos dice, entonces debemos mirar la cuestión bajo otro aspecto. Reputaremos por enemigos de la patria á los que obren de tal manera, y exaltaremos á todos los buenos ciudadanos á que vean con ese carácter á cuantos con tan infames y detestables intenciones, pretendan atacar al gobierno porque ha celebrado la paz.

Pretender la continuación de la guerra por un acto de patriotismo, aun cuando supusiéramos en este alguna imprudencia ó error de entendimiento, sería disculpable; pero estar en favor de la guerra, á pesar de conocer los males que ha de causar á la nación, solamente porque puede tener cuenta á los intereses privados de un individuo, ¿quién podrá llevarlo en paciencia? Dijimos al principio que la conducta del gobierno debía ser muy diversa de lo que había sido antes. También dijimos que debía ser diferente la de los partidos. Hemos hablado algo acerca de aquella, ocupémonos un momento acerca de esto.

Hagamos una sencilla reflexión, de la que deduciremos consecuencias importantes. Es un hecho que en la república ha disfrutado cada partido de una época favorable, aunque unos mas ó menos que otros. Ahora bien: ¿cuál es el partido que hoy esté bien puesto como tal partido? ¿Lo están en general los monarquistas, los republicanos, los federalistas, los centralistas, los santanistas, los moderados, ó los puros? Ciertamente que no. ¿De qué ha dependido eso? De que en la mayor parte de esos partidos ha habido individuos que solo han pertenecido á él con el solo objeto de que les sirva de escala para subir adonde no podían de otra manera, y de instrumento para aumentar sus intereses personales. De aquí es que observamos este segundo hecho. Triunfa un partido por un momento, cae, y queda todo el partido en tierra, á excepción de unos cuantos individuos que quedan bien puestos, cuando todos los demás arruinados. ¿Qué quiere decir esto? Que hasta ahora la mayor parte de las personas que componen un partido, han sido unos necios, que solo han servido de escalones por donde suban ciertos individuos, y nada mas.

En tal concepto, ¿cuál deberá ser la conducta de los partidos en

FOLLETIN.

LA PENA DEL TALION,

ESCRITA EN FRANCÉS

Por Mr. Charles de Bernard,
y traducida al castellano

POR E. R.

(Continúa.)

—Ni tampoco es compasión por vd. lo que siento; lo que le ofrezco es la mas desinteresada, la mas absoluta adhesión.—Pues yo no acepto una adhesión que se niega á comprender que tengo deberes que cumplir.—¡Deberes! replicó Jorge con ironía, y ¿para con quién? ¿Para con un hombre que nunca pensó en los suyos, que engaña á vd. hoy y todos los días?—Pruébemelo vd., exclamó Mad. d'Epernoz, arrastrada por los celos mas allá de los límites de la prudencia.

Sordeuil aparentó vacilar, pero con una voz vuelta mas incisiva en virtud de una expresión indigna-

da y compasiva á la vez: Vd. considera á su marido en una junta de comercio, respondió, y está ahora mismo en la ópera con Mad. Javerval.—No creo á vd., exclamó Clemencia, cuyos ojos chispearon súbitamente, mientras sus carrillos se cubrían de un ardiente sonrojo. Y dado que fuera verdad, hay una cosa quizá mas odiosa que la infidelidad de un marido; la traición de un amigo. Aunque hayan instituido á vd. mi custodio, pienso que no estoy obligada á escucharle. Cuando quiera retirarse mi suegra, avisaremos á vd.

Jorge se levantó.—Aguardaré las órdenes de vd., dijo, acompañando estas palabras de un saludo respetuoso, y fuése.

Iba á entrar en el otro salón, cuando su hermano que no le perdía de vista desde el primer encuentro, se llegó á él y quiso tomarle la mano; pero esta libertad no le fué permitida.—Mañana, díjole al pasar Sordeuil, con caviloso y triste aspecto.

Mad. d'Epernoz, después que se hubo ido su desleal caballero sirviente, permanció algun tiempo inmóvil, como gozándose, en profundo recogimiento,

con la herida que acababa de recibir; mas después el despecho, el orgullo, la indignación, todas las pasiones vengativas que fermentan en el corazón de una esposa ultrajada, le hicieron insostenible la duda. Maldijo la esclavitud de su sexo que no le permitía cerciorarse por sí misma de la verdad; es tuvo á punto de llamar á Jorge para demandarle la prueba de su acusación; en fin, fuera de sí no sabiendo qué partido tomar, y obedeciendo al instinto de su impotencia, paseó á su rededor la mirada de una castellana perseguida que anda en solicitud de un defensor. Sus ojos interrogaron sucesivamente los rostros de cuantos hombres recorrían el salón, sin encontrar en ninguno la simpatía caballeresca de que se sentía necesitada.

Al dejar caer la cabeza desdenosamente para encubrir el disgusto que le causaba tan ofensivo desaire, algunas palabras balbucidas con voz dulce, aunque algo trémula, la hicieron volver en sí, y vió delante á Leopoldo Trélan.

Después de un mucho titubear, el estudiante se había armado de todo su valor para cumplir con una

lo venidero? Fácil es percibirlo. Buscar la felicidad general, y no la de un solo individuo, pues de este modo aquella fluirá necesariamente sobre todos. ¿En dónde podremos encontrar hoy esa felicidad general, en la paz, ó en la guerra? Responda el buen sentido.

México, Febrero 22 de 1848.

Comunicacion oficial del general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, al Exmo. Sr. D. Luis de la Rosa, ministro de relaciones, con motivo de su circular de 17 de Enero último, dirigida á los Exmos. Sres. gobernadores de los estados sobre los últimos sucesos de San Luis Potosí.

Ejército mexicano.—Exmo. Sr.—Sin que V. E. haya recibido de mi parte ofensa alguna, sin respeto á la verdad y á la justicia, V. E. con un encono inexplicable me difama en sus escritos oficiales que publica, segun he llegado á notar, prevalido del puesto que ocupa y de la posicion desventajosa en que me considera; aspirando tal vez á satisfacer ese odio que manifiesta, ó adquirir la celebridad que entre nosotros se tributa al audaz, que insulta y maldice á los distinguidos hombres del pais.

No obstante mis modestas contestaciones é increpaciones violentas de V. E., las esplicaciones de mi conducta como presidente y general en jefe, que he publicado, y mi paciente y circunspecto manejo en el oscuro retiro á que se me ha condenado, V. E. se permite insultarme con las alusiones mas denigrativas, que luego se advierten en su circular de 17 del próximo pasado á los Exmos. Sres. gobernadores de los estados, y con especies, que no debo dejar correr sin contradecirlas, por aquel principio de que *quien calla otorga*, cuando tanto ofenden á mi honor y reputacion.

Comenzar pudiera, por referir algunos manejos privados de V. E. sobre lo que se escribe en varios periódicos para formar opiniones equivocadas respecto de mi conducta pública y privada, y aun citaria algunos artículos que V. E. dirigia á su periódico favorito desde Toluca, hallándome al frente del gobierno empeñado en la defensa de la capital, en confirmacion de su injusta animosidad; mas siendo hechos privados, confiados á mi de la misma manera, los omito por ahora para contraerme solamente al documento citado, que impreso corre, y ha llegado á mis manos en este lugar.

Para recomendarle V. E. y ofenderme, vuelve á escribir; que la nacion habia quedado acéfala, y á no ser por los que instituyeron un gobierno quién sabe qué habria sucedido á los mexicanos. A tan maliciosa como repetida invencion, contestada ya suficientemente, tócame volver á decir; que V. E. no dice verdad, porque yo era el presidente de la república, y si el de la suprema corte de justicia, cuando fué llamado por mi decreto relativo, no hubiera tenido á bien encargarse del gobierno, á su simple contestacion, que no podia demorarse muchos dias, me habria marchado á Querétaro á continuar en el despacho de los negocios, y seguramente en menos tiempo del que S. E. necesitó para llegar. Lo que únicamente pudiera V. E. reprocharme con justicia es, el haber puesto en manos de mis encarnizados enemigos, la espada con que alevosamente me han herido, y el perjuicio que por tanta imprudencia he podido causar á la nacion.

Yo tengo derecho, en propia defensa, de exigir á V. E. la prueba legal de sus dichos, la satisfaccion de los insultos que me prodiga y de rechazar sus calumnias sin que valerle pueda la investidura de ministro, porque ella no le da facultades para obrar contra mí de tan desusada manera. La nacion ha presenciado mi dedicacion á servirla, correspondiendo así al alto honor que me dispensó cuando se dignó llamarme en su conflicto, y si bien mi infanta suerte me ha privado de la gloria que ansioso le procuraba, bien notorio es, que no he omitido sacrificios, y que ha sobrado lealtad: conducta es esta, que debiera ponerme á cubierto de la difamacion, y que exige consideracion de parte de los mexicanos á quienes nada debe la patria que los alimenta.

A mi vuelta á la república, fué mi primer paso, reintegrar á los estados su soberanía, reviviendo la constitucion de 1824 por-

formalidad, muy sencilla en apariencia, pero bastante temible en realidad sobre todo á los diez y ocho años, reducida á saludar á una muger de moda. Con las megillas encendidas por aquel rubor que aviva los frescos colores de la adolescencia, habia dicho ya tres veces *señora*, y dos veces *tengo el honor de saludar á vd.*

Esta torpeza habria tal vez dado que reír á una coqueta descarada, pero Clemencia era demasiado jóven para apreciar el mérito de un novicio y estaba demasiado penetrada de su propia emocion para notar la que causara en otro: viendo al estudiante de derecho inclinado delante de ella y al parecer petrificado á la mitad de su saludo, el solo afecto que experimentó fué aquella especie de gozo que siente uno cuando ve entre una multitud indiferente á una persona en quien tiene confianza.

—M. Trélan, dijo ella interrumpiendo con viveza el costoso cumplimento en que estaba comprometido, ¿si exigiera de vd. un favor, me le prestaria?

—Un favor? repitió Leopoldo poniéndose erguido: hable vd., señora, si fuera preciso ir hasta el fin del

que tanto anhelaban. Sancioné despues esta constitucion reformada como lo quiso la representacion nacional; y al retirarme del poder, que legalmente ejercí, dejé en libre posesion de sus derechos á los mismos estados. ¿Es esto *engañar á la nacion con declamaciones, y con promesas ilusorias*? En dos distintas ocasiones ocupé el poder, por honrosos motivos: la primera vez, fui llamado por la mayoría del congreso para restablecer el orden y la paz en la capital de la república, que la revolucion de Febrero del año anterior habia alterado; y tan luego como complací los justos deseos de los representantes del pueblo, á la primera noticia de la pérdida de Veracruz y Ulúa, dejé ese poder para volar al peligro. ¿Por esta conducta he merecido acaso el sobrenombre de *despota y turbulento*? En Orizava supe con sorpresa, que la capital se iba á entregar al enemigo, porque el gobierno opinaba, que no podia ser defendida, (siendo V. E. miembro del gabinete), y al momento me puse en marcha con los dispersos de Cerro-Gordo, y la pequeña seccion que mandaba el general Leon, para evitar aquel escándalo. Este noble designio, púsome la segunda vez á la cabeza del gobierno, y vive Dios! que llené todos mis deberes. Refiérome al detall de mis operaciones, á las constancias que existen en los ministerios, y á los habitantes de la capital que presenciaron y vieron. ¿V. E. el que así obra *aparenta actividad, engaña con vanas promesas, devora los recursos del pais, comete desaciertos y atropella las garantías*?

No sé con qué justicia V. E. se atreve á caracterizar tan desfavorablemente los actos del primer magistrado, y á fallar decisivamente sobre la conducta de un antiguo general lleno de servicios, no entendiendo V. E. la dificultad de la guerra. Suponiendo, que en ejercicio de la primera magistratura, en angustiosos momentos, incurriera en algunos errores, á V. E. no es á quien toca reprobarlos. Del mismo modo, si hubo faltas grandes ó pequeñas en las funciones de armas, que en defensa de los derechos nacionales tuvieron lugar, no es V. E. el que debe decidir sobre ellas. El patriotismo y la razon aconsejan guardar silencio en medio de los enemigos, para que nos desprecien menos, y esperar á que peritos competentes examinen los hechos. ¿Quién dijera, que la prensa extranjera, mas justicia hiciera á los militares mexicanos, que espusieron sus vidas y prodigaron su sangre en servicio de su patria, que sus propios paisanos! Aunque pese á los ingratos, honor darán á la nacion por siempre los esfuerzos que se hicieron para combatir á los ejércitos de los Estados-Unidos del Norte que nos han invadido, y en particular los inpendidos en la improvisada defensa de la capital; así como hubiera traído baldon eterno su entrega sin resistencia. Si V. E., pues, declamase contra los que no supieron ó no quisieron prepararla oportunamente, porque son criminales aquellos funcionarios que en criticos momentos olvidan sus mas preciosos deberes: si confesara, que cuanto se habia improvisado en menos de tres meses, tenia un mérito singular, considerando que la ciudad se encontraba sin murallas, sin materiales de guerra suficientes, sin almacenes, sin fuerza organizada, y sin tesoro; los desfiladeros sin fortificacion alguna, lo mismo que otros puntos, cuyas obras importantes debieron con tiempo prepararse, entonces V. E. acreditaria alguna imparcialidad, ó disimularia sus intenciones. Pero ¿no es bárbaro, y notoriamente injusto prodigar insultos, y procurarle descrédito al ciudadano que generosamente se presentó á desafiar las dificultades y los peligros, y salvó al menos el honor nacional. . . .? Si el honor nacional se salva oponiendo resistencia al invasor, y combatiendo con constancia: la victoria, es el resultado muchas veces de casualidades que la caprichosa fortuna proporciona á los guerreros. . . . Mis esfuerzos, verdad es, que no fueron coronados con el triunfo por circunstancias insuperables bastantemente referidas, y no ignoradas: habré por esto desmerecido los honores de vencedor, mas no la consideracion y el respeto que se debe al buen patriota, y á la desgracia. ¡Ah! si alguno de los que instituyeron el gobierno de Querétaro en defensa del pais ejecutado hubiera una infima parte, lisongeado estaria con *votos de gracia*, y con estremados encomios. ¡Tanto influyen entre nosotros el espíritu de partido y las pasiones.

No es cierto, que la mayor parte del ejército quedara ó priso-

mando...—No enviaré á vd. tan lejos, replicó la jóven haciendo por sonreírse; solo emplearé, de su buena voluntad, la necesaria para ir de aquí á la ópera.—Voy al instante, señora... luego que reciba las órdenes de vd.

Clemencia vaciló un momento, y si hubiera examinado el semblante lleno de gozo de su nuevo servidor, tal vez se habria arrepentido del paso que habia dado; pero los celos la hicieron faltar á la reserva.—Desearia saber si Mr. d'Epernoz está ahora en la ópera, dijo encubriendo su turbacion con una simulada indiferencia.

Trélan, que de antemano habia creído traslucir en este mensaje un objeto heroico, al verle al fin venir á parar muy vulgar y moralmente en un marido; Trélan, pues, sintió amortiguarse su exaltacion.

—Y ¿qué he de decir á Mr. d'Epernoz? preguntó con dolorido acento.—Nada, respondió la jóven tan cortada como su interlocutor; sírvase vd. cerciorarse solamente de que allí está. Le hallará vd. tal vez en las bañaderas.

El estudiante hizo una reverencia y marchó tan

nero ó destruido, ó disperso despues que desocupó la capital; pues es constante, que el Exmo. Sr. general D. José Joaquin de Herrera condujo á Querétaro mas de cinco mil infantes todos vestidos y armados, de los que llegaron cuatro mil setecientos como demuestra el estado que S. E. me mandó, y recibí en Huamantla. Ademas de esta fuerza, existian en el mismo Querétaro las brigadas que mandaban el Sr. general D. Isidro Reyes, y el Sr. coronel D. Florencio Aspeitia; reuniéndose así, mas de siete mil hombres armados y vestidos, con diez y seis ó veinte piezas de artillería entre las sacadas de México y las de las brigadas citadas. ¿Adónde existe esta fuerza? ¿No es un pié bastante para organizar un ejército en el tiempo que ha transcurrido? Provocado por la injusticia, séame permitido recordar, que cuando me presenté en la capital, procedente de Orizaba, ni la mitad de ese número de soldados tuve á mi disposicion, ya se vió, dias despues el ejército, que pérdidas tantas causó al invasor en el valle de México, y que lo puso mas de una vez en conflicto.

No al general Santa-Anna, sino al presidente de la república mandando legalmente el ejército, fué á quien se tuvo por conveniente separar del mando en jefe de las tropas, que se hallaban en las inmediaciones de Puebla; á no ser así, V. E. no hubiera estado en disposicion de firmar la orden de 7 de Octubre último, conque atropelló la constitucion, que invoca cuando le conviene, y comprometió un suceso que pudo ser de serias consecuencias, si la voz del patriotismo no imperara en aquellos aciagos momentos. ¿Y bien, qué ventajas han venido á la nacion de ese primer acto de V. E. ejercido desde Toluca? Yo le diré á V. E.—A mi separacion del mando, se contaban mas de dos mil caballos solamente entre los cuerpos de linea, que operaban á mis órdenes, y á las del Exmo. Sr. general D. Juan Alvarez con algunas piezas ligeras, y no se ha hecho uso de estas fuerzas ni de la guardia nacional de la misma arma, para hostilizar al enemigo en su linea de comunicacion, dejándose á este, subir y bajar convoyes de Veracruz á México, con escándalo de los que lo observan. La infantería y artillería, que yo tenia en Huamantla, se hizo internar hasta Huichapan. El general Alvarez, á quien se dejó aislado y sin recursos, tuvo que replegarse al Sur. Por ninguna parte, en cuatro meses, se ha vuelto á disparar el cañon mexicano sobre los invasores. Nuestro ejército se disminuye en vez de aumentarse, cuando el enemigo recibe refuerzos con continuacion y se disciplina. Se permite el libre comercio con los invasores, y se inunda así á la república de efectos extranjeros sin utilidad del erario público. Los pueblos, entregados á su propia suerte son invadidos á cada momento, y víctimas de los excesos de una feroz soldadesca que nada respeta, ni esperanza tienen de ser vengados. No aparece una sola excitacion á los mexicanos de parte del gabinete, que despierte el entusiasmo y los prepare á defender sus mas preciosos derechos; pero en cambio, se repiten conceptos capaces de desanimar á los mas esforzados, y á no ser por algunos estados que dan señales de vida, seguramente el insolente invasor pensará que toda la nacion le estaba sometida.

No es de esta manera como se dispone el camino para obtener una paz conveniente. Máxima sabida es, que *quien quiere la paz, se prepara para la guerra*. Sin aparato bélico ni demostracion alguna de fuerza, sin un dique al invasor, dueño de una gran parte del pais, sin oposicion alguna: ¿cómo se intenta persuadir que la paz se negociará honrosamente, ó que aquel minorará las pretensiones de su codicia? A los clamores públicos, á fundados cargos, que patriotas mexicanos hacen al gabinete, este contesta con evasivas, con inculpaciones inmerecidas al caudillo que ha sabido llenar sus deberes, y con manifestaciones imprudentes, exageradas, que alentarán naturalmente al enemigo para insistir en sus pretensiones, ó para aumentarlas.

Las derrotas, quizá se hubieran evitado, si en todos los mexicanos existiera espíritu y orgullo nacional, si resistieran á la envidia y al rencor: si los hombres de partido procuraran, antes que todo, tener patria: si en momentos criticos y solemnes no fomentaran la discordia y se entregaran frenéticos á la revolucion: si para la defensa comun los ricos hubieran presentado una parte de sus fortunas, y sus personas los pobres: si con las predicciones

disgustado, como en otro tiempo un perseverante que despues de haberse calzado en sueños la espuela de oro de la caballería, se hubiera encontrado al despertar con que era lo mismo que antes.

En el entre tanto, Sordeuil habia vuelto á situarse junto á la mesa de ecarté, desde donde con impaciente curiosidad habia observado todos los pormenores de la maniobra de su hermano. Todo el tiempo que tardó éste en volver, Clemencia fingió no ver para aquel lado y tomó parte en la conversacion del grupo en que estaba: á pesar de sus esfuerzos por aparentar serenidad, la inmutacion de sus facciones daba á conocer una emocion extraordinaria. Al cabo de media hora, volvió el mensajero.—Señora, dijo probando á manifestar un gentil desembarazo, Mr. d'Epernoz está en efecto en la ópera.

La jóven se puso pálida y se sonrió á la vez. Cualquiera, á no ser un muchacho de escuela, habria comprendido y enmudecido; pero el cándido Leopoldo prosiguió resueltamente.—Le hallé, como vd. lo pensaba, en el cuarto número 13.—¿Solo? preguntó Clemencia con voz apenas distinta.—¿Solo! no por

y el ejemplo, el clero hubiera contribuido á inflamar los espíritus; y en fin, si hubieran imitado á las naciones, que, en circunstancias iguales, todo lo han pospuesto, y nada han omitido para la conservación de su nacionalidad, de la religión de sus padres, y de su honor. ¿Qué valen los esfuerzos de un hombre solo, contrariado, perseguido, y cuyo desconcepto se procuraba con tenaz empeño? Nuestros descendientes han de dudar los acontecimientos de esta época, y han de exclamar con asombro: ¿Cómo unas cuantas hordas de aventureros pudieron enseñorearse de siete millones de habitantes....! Horror, vergüenza, profundo pesar causa estampar en el papel, que cuando pueblos enteros, y los hogares de pacíficos ciudadanos, son saqueados é incendiados, sus mugeres y sus hijas violadas, sus templos profanados, y los ministros del altar escarnecidos, haya quien se atreva á mendigar la paz de esos monstruos, que tales atentados cometen. Siempre me gloriaré de haber preferido las derrotas, á la humillación y á la infamia: Siempre aconsejaré á mis compatriotas, que los que no posean una alma miserable y ruin, los que se sientan animados de nobles sentimientos, prefieran la muerte, luchando por una santa causa, á la vida, llevando en sus rostros el sello de oprobio: y siempre declamaré contra los que, con siniestro designio, me separen del teatro de la guerra por inutilizar mis servicios, que de todo corazón, y como era posible, prestaba á mi angustiada y ofendida patria.

Siento que V. E. me haya precisado á esponder en estas circunstancias lo que reservar quisiera; pero lastimado mi honor en lo mas vivo, empeñado V. E. en hacerme aparecer delincuente, preciso es, que me defienda, y patentice la injusticia de mi agresor.

Concluiré con algunas palabras de la circular de V. E. referida, que bien me corresponden. *Cuando el tiempo ha sofocado la voz de las pasiones, y cuando no hay ya inconveniente para presentar al mundo la verdad sin disimulo, sin disfraz ni reticencias, entonces se hará una plena justicia al hombre, que en medio de dificultades y peligros, inválido como se encuentra, organizó ejércitos, y los condujo al campo de batalla, por uno y otro extremo de la república, á donde su existencia estuviera tantas veces espuesta, presentó trofeos del enemigo, creó recursos en medio de la miseria, franqueó los suyos, salvó el honor nacional improvisando la defensa de la capital, y disputando el terreno palmo á palmo hasta efectuar ordenadamente su desocupación; en fin, prefirió siempre el peligro á los goces del poder; servicios que solo pueden conocer, los que los han visto muy de cerca. La posteridad le hará justicia, y quizá le dará honor; entre tanto, le basta la tranquilidad de su conciencia para arrostrar todavía por algun tiempo con la calumnia, que ahora pretende difamarlo.*

Con este motivo reproduzco á V. E. las consideraciones de mi atención.

Dios y libertad. Coxcatlan, Febrero 5 de 1848.—Antonio Lopez de Santa-Anna—Exmo. Sr. D. Luis de la Rosa, ministro de relaciones.—Querétaro.

(El Monitor Republicano.)

Morelia, Febrero 20 de 1848.

EL GENERAL SANTA-ANNA.

Insertamos en este lugar, por no demorar su publicación, las dos comunicaciones que este gefe ha dirigido al gobierno últimamente, participándole lo ocurrido cuando el general Lane quiso sorprenderlo en Tehuantepec, y pidiendo su pasaporte para salir fuera de la república.

El lenguaje del general Santa-Anna á ningún mexicano sorprende ya. Hombre tan hábil para desmoralizar el ejército en motines poco peligrosos para sus autores, como torpe en las combinaciones que requieren mayor valor y capacidad, se ha dado en espectáculo ante el mundo en las últimas acciones de guerra con los yankees, tan funestas para la república mexicana; y no obstante encarece el valor de sus servicios, y cual otro Aristides se queja de la ingratitud de sus conciudadanos. Cuantos han estado en el valle de México conocen que son una descarada fal-

sedad las dificultades topográficas que alega el general Santa-Anna para excusarse de no haber auxiliado la brillante división del general Valencia, y aquel orgulloso caudillo, que quiso ver perdida la flor del ejército, por abatir la soberbia de un rival, todavía nos habla de patriotismo. Siempre hemos tenido por innoble la franqueza con que la prensa suele calificar á los caudillos de revolución, una vez que han descendido del poder; pero la responsabilidad del general Santa-Anna por su ignorancia, por su orgullo y por sus faltas en lo relativo á esta guerra, es tan grande, que nos es imposible callar, cuando vemos flamear sobre nuestras mejores ciudades el pabellon americano. Sin embargo, suponemos que es mayor el mal que podemos todavía temer los mexicanos de la permanencia de este gefe en la república, que la esperanza de que se haga efectiva su responsabilidad y se ponga fuera de su alcance ese poder supremo, que tan hipócritamente finge aborrecer, y al cual se adhiere siempre como si fuese su patrimonio. ¿Y para qué? Para prodigar sin medida los grados militares, confiar á las manos mas impuras las rentas del erario, hollar impiamente las garantías y la libertad pública, y colmar de vergüenza y de desgracias á la nación como en el año de 1842. Pedimos, pues, al gobierno federal haga uso de sus facultades extraordinarias, estendiendo el pasaporte que pide el general Santa-Anna para salir de la república, sin responder en un juicio de los cargos que le resultan. En otras circunstancias no opinariamos de este modo; pero hoy ese pasaporte nos parece es necesario para la conservación de las instituciones, que fué uno de los dos objetos de las facultades extraordinarias, concedidas al gobierno en 20 de Abril último.

[El Ingenuo.]

REMITIDO.

LA ALAMEDA.

EXITATIVA A LA MUNICIPALIDAD.

Sensible es ciertamente ver el estado total de abandono en que se encuentra el único paseo público de esta ciudad! No parece sino que los encargados de su conservación, aseo y mejora, ignoren de todo punto cuales son sus deberes, y esto no solo con respecto á la policía de ornato y embellecimiento, sino aun á la de salubridad, seguridad y buen orden.

El respeto debido á la moral y á las buenas costumbres, nos impide estampar, para conocimiento de quien corresponda, los excesos de todo género que se cometen diariamente y sin el menor miramiento á las personas que solo van allí á buscar un rato de desahogo y distracción. Y si esto sucede en medio de la claridad del día, con escándalo general, ¿qué será cuando las tinieblas de la noche protejan esta clase de desórdenes?

Cualquiera individuo puede ser allí impunemente robado ó asesinado, sin que la policía tenga de ello ni aun la menor noticia, resultando de aquí la mas atroz y corruptora impunidad.

Estos males exigen pues, un pronto y eficaz remedio, y nosotros por el bien público, por la moral, por el buen nombre de esta ciudad, y aun por el del ilustre ayuntamiento lo exitamos á fin de que sin pérdida de momento disponga lo conducente acerca de esto.

En nuestro concepto bastará que de día la alameda esté cuidada constantemente por cuatro ó seis celadores, y que para la noche se pongan unas puertas, segun se acostumbra en todas las ciudades donde hay esta clase de sitios de recreo: puede ademas hacerse para mayor seguridad un zanjón ancho, que circundando todo aquel recinto lo haga impenetrable cuando las puertas estén cerradas.

La conservación y mejora del paseo de que tratamos debe ser uno de los cuidados preferentes de la municipalidad; pero como no es de nuestro objeto entrar en la demostración de lo benéfico, útil y necesario que es para una población un buen paseo público nos limitamos á indicar someramente lo que en nuestro concepto debe hacerse para lograrlo.

rita Daligy.—¡Si es jorobada! respondió el joven con voz quejosa.—Apenas, y por otra parte ¿qué mérito habria siendo bonita?

Leopoldo arrojó una mirada furiosa á la bailadora disponible, sin atreverse, no obstante, á dar salida á ninguna otra objeción, porque estaba en la feliz edad en que considera uno la obediencia pasiva como un medio de quedar bien con las mugeres y de grangearse su gratitud. Poco despues, el estudiante y la joven atravesaron el salon para ir á la contradanza, él enfurecido y ella satisfecha.

Desembarazada de su mensajero, Mad. d'Epernoz se volvió del lado de Sordeuil y con una mirada imperiosamente espresiva le designó el sillón desocupado que estaba junto á ella. Obedeció Jorge, pero como hombre esperto, dió primero vuelta al salón, dirigió la palabra á varios sugetos, y vino á quedar sentado en su antiguo lugar sin que nadie lo hubiera echado de ver.—Parece que está vd. triste; ¿qué tiene vd. esta noche? preguntó la joven con ahogada voz.—Pues ¿no estoy desterrado? respondió él fijando en ella unos ojos penetrantes.—Ya no lo está vd.

Ademas del plantío de árboles en la estación oportuna, es indispensable mucho cuidado y esmero en los que ya existen, su po, da deber verificarse en el debido tiempo, y no como hemos visto que se hace, de una manera tosca, derribando con una hacha el mas hermoso follage, en vez de cortar con una sierra las ramas secas, que son las que pueden perjudicarles.

Las zanjas que comunican la humedad á los árboles y demas plantas, deben tener alguna corriente, estando sumamente aseadas, pues de lo contrario el agua se represa y se corrompe llenando la atmósfera de putrefacción, de lo que resulta que en vez de aspirar el aire puro y saludable del campo, se puede contraer muy fácilmente una enfermedad con aquellos miasmas, y si á esto se agregan los muladares que circundan el paseo; preciso es convenir en que se convierta en un lugar inmundo y corrompido. No estaria por demas que el ilustre ayuntamiento mandase desde luego quitarlos, prohibiendo con penas rigurosas que se arrojasen basuras en aquellos contornos.

Finalmente, seria indispensable, para que la alameda estuviese digna de una ciudad, como Querétaro, y proporcionase un rato de placer y desahogo, que diariamente, ó al menos cada tercer día, se barriesen y regasen sus calles para impedir el polvo, que tanto molesta á los transeúntes.

Terminamos pues, excitando á la municipalidad para que ponga en ejecución las reformas que hemos indicado, así como todas aquellas que sus ilustrados miembros creyesen conducentes.

Esta será una positiva mejora en el ramo de policía, hacia el cual no será la última vez que llamemos con nuestros escritos la atención pública.

LOS DEBATES.

PRESTAMOS.

Siempre que los gobiernos se hallan en circunstancias angustias por la escasez de numerario, consiguiente, ó á los despilfarros de algunas personas, que por desgracia han tenido el manejo de los caudales públicos, ó como un resultado indispensable de los gastos que ocasionan las revoluciones, y de los que, jamas han indemnizado á la nación los revoltosos, como está mandado por una ley, comienzan los periódicos de la oposición á gritar antes que sepan si el gobierno ha de hacer ó no contratos, que vá á celebrarlos ruinosos, y á aconsejarle que no los celebre. Es en efecto un mal gravar al tesoro público con préstamos á interes, y no solamente es un mal para las naciones, sino aun para cualquiera individuo. Mas los que impugnan la conducta de aquellos ó de éstos, no han de considerar esa idea en abstracto; sino que deben hacerse cargo de las circunstancias en que la necesidad oblige á hacerlos.

Ningun individuo que tiene en mal estado sus negocios puede hacer contratos ventajosos; y antes se ve precisado á hacerlos con algun perjuicio suyo, puntualmente para reponer aquel malestar y volver á poner en giro sus negociaciones, de manera que en lo venidero sean bastantes para resarcir los daños recibidos, y que le quede alguna utilidad con que subsistir cómodamente y adelantar su fortuna. Lo mismo exactamente sucede á las naciones. Es imposible que aquella, que por las vicisitudes políticas ha sufrido grandes quebrantos, se reponga de ellos sin sufrir tambien grandes perjuicios.

Dos caminos le quedan, ó aumentar las contribuciones, ó contratar préstamos. Acerca de las primeras es necesario tener presente para imponerlas, las costumbres de los pueblos, y aun sus preocupaciones; pues muchas veces sufre la nación un gravamen demasiado oneroso, y no consiente otros ligeros, nada mas sino porque está acostumbrada á sufrir aquellos y no éstos. Debe tambien advertirse, que la estracción pronta en dinero á los ciudadanos, como que suponemos que lo necesita ejecutivamente y en gran cantidad, puede ser en extremo gravosa á los contribuyentes. Quitar de un golpe cuantiosos caudales á los mineros, los comerciantes, los propietarios y los industriales, equivale á tan-

Con que, sea amable y haga que yo me ponga lo mismo, porque el fastidio y la insipidez de esta tertulia me han aburrido á mi pesar.—¿Cree vd. ahora que le dije la verdad? preguntó Sordeuil decidido á adelantar de un paso el terreno que poco antes habia perdido.—Nada que tenga que ver con él, interrumpió Clemencia con enojo: hábleme de vd., de mí, de todo lo que quiera, pero de él nunca.—¡Nunca de él, siempre de nosotros! repuso el amante solícito por conformarse con este convenio.—Tenia vd. razon, él está con aquella muger; hace tres meses que estoy queriendo dudarle. ¡Oh! ya no soy tan hermosa ni tan joven, aunque asegure vd. lo contrario: le digo que no me hable mas de él. ¿Qué tal le parezco á vd. esta noche? No ha echado siquiera de ver que traigo un vestido negro: ¿no decia vd. el otro día que preferia lo negro en la compostura de una muger?—Con que ¿me ama vd.?—No lo sé; si el nos oyera, yo responderia que sí en su presencia....¿No siente vd. mucho calor aqui? tengo la cabeza hecha un fuego. Pero nunca me hable vd. de él y dígame cosas gratas, como sin duda se las dice él á ella. [S. C.]

to como arruinar á algunos, paralizar los giros de muchos y causar algun atraso á todos.

Si las contribuciones se distribuyen de manera que el perjuicio sea insensible á los ciudadanos, no produce muchas veces la cantidad que se necesita, resultando de esto dos males gravísimos. El primero, que entonces es necesario repetir las contribuciones, lo que mortifica demasiado á los ciudadanos, porque hecho el primer sacrificio, arreglan sus negociaciones de modo que puedan indemnizarse de él, y continuar sus giros en un estado normal. Se repite la contribucion, y es necesario de consiguiente repetir igualmente la operacion indicada, de manera que á cada paso tienen que arreglar su manejo los ciudadanos, y no hay estabilidad alguna en los ramos que son la fuente de la riqueza pública.

El segundo mal consiste, en que acaso el gobierno, recibiendo el numerario en diversas partidas, no podrá desempeñar con la oportunidad correspondiente los objetos á que tiene intencion de dedicar los caudales, y tambien la repetición de exacciones aumentará necesariamente los gastos de recaudacion, refluendo todo en daño de los contribuyentes; siendo el resultado de todo que éstos pagan mas, se perjudican mas, y el gobierno hace menos de lo que debía hacer recibiendo los caudales de un golpe.

Los préstamos evitan este último mal y gran parte de aquellos, pues aunque suponemos que el contrato ha de causar algun gravamen á la nacion, éste puede cubrirse, ó con contribuciones muy paulatinas, ó acaso con las ordinarias. De suerte que, aun cuando el tesoro público laste en los intereses del préstamo una cantidad que ha de reponerse precisamente con los caudales de los ciudadanos, pues todo al fin viene á pagarse con el dinero de los pueblos, no resienten éstos los mismos perjuicios pagando cierta cuota, casi insensiblemente, que exhibiéndola en un acto.

Insistimos en nuestra primera idea: toda nacion que se halla en quiebra, no puede hacer contratos ventajosos. Así que, no puede calificarse á un gobierno despilfarrado por que los haga. Esa nota infame debe recaer sobre la inversion. Cuando un hombre honrado y laborioso se recarga con un préstamo desventajoso para él, porque así lo exige el estado á que circunstancias tristes han traído sus negociaciones, no se le califica con aquella fea nota, siempre que el dinero adquirido en aquel contrato está bien empleado, y sirve para colocarlo en una situacion floreciente.

Cuando una nacion se encuentra en las propias circunstancias, y tiene necesidad de hacer un contrato semejante, lo único á que ha de atenderse, para aprobar ó reprobare la conducta del gobierno, es tambien al empleo que haga de los caudales adquiridos. ¿Se han de pagar con ellos sueldos atrasados á favoritos? ¿Se han de cubrir créditos ficticios? ¿Se han de hacer indemnizaciones indebidas? Entonces la conducta del gobierno será punible, aun cuando los prestamistas le regalaran el dinero. Pero ¿se emplean los caudales en necesidades positivas y urgentes? ¿Las manos que los manejan son puras? ¿Se hacen los gastos á vista de la nacion? Siendo así, ¿qué justicia hay para criticar al gobierno? Y por otro lado, ¿qué temor podrá tener éste de emprender cualquiera negociacion en las circunstancias y con las calidades referidas?

EL GENERAL SANTA-ANNA.

Hemos insertado en nuestro número de hoy la comunicacion del general Santa-Anna al Sr. ministro de relaciones, fechada en Coscatlan á 5 del corriente, y jamas se ha insertado en los periódicos de la república un escrito que manifieste con mas claridad el atrevimiento é impudencia de su autor. Despues de increpar al referido funcionario con la mayor acrimonia, y de hacerle unos cargos ridiculos, y cuya fuerza consiste en el desdoro y vellehencia con que se hacen, trata de exigirle pruebas de las verdades que le ha dicho el Sr. Rosa y que aquel ha calificado de insultos. Siempre proclamando sus decantados servicios, se espresa en estos términos: *la nacion ha presenciado mi dedicacion á servirle, respondiéndole así al alto honor que me dispensó cuando se dignó llamarme en su conflicto.* Solamente el orgullo de Santa-Anna puede espresarse en estos términos ante una nacion que es testigo fidedigno, y está bien convencida de los grandes servicios que le ha prestado.

En este mismo número insertamos tambien un artículo del Monitor republicano, en que se pregunta cuáles han sido esos decantados servicios, y á fe que el general Santa-Anna y sus adictos tendrán grandes trabajos en señalar uno solo contestando á aquellas preguntas. Desengañese el general Santa-Anna. Si tiene fuerza suficiente para hacer una revolucion, hágala; pero no pretenda ya alucinar á la nacion ni aparecer ante ella como un héroe, y ni siquiera como un hombre aun medianamente virtuoso. La nacion lo ha conocido bien, y si por desgracia volviera á estar bajo su férula, lloraria su mala suerte; pero nunca delante de sus ojos sería el general Santa-Anna otra cosa de lo que ha sido.

Dice que la nacion lo llamó en su conflicto. Bien sabido es que una faccion que encontró á la república en una de aquellas situaciones abatidas en que aun las naciones muy poderosas se encuentran á veces, por sucesos inesperados, fué la que lo llamó, y la que lo trajo para perjuicio de la sociedad entera y aun del mismo Santa-Anna, pues si algun toque faltaba á su retrato, se lo han dado con los colores mas vivos los últimos acontecimientos.

Reflexione con atencion en lo que espusimos en nuestro número anterior. ¿Seria hoy la suerte de la república la que es, si no se hubiera presentado en nuestro territorio el general Santa-Anna? Su venida ha sido un mal, y si bajo algun aspecto debemos alegrarnos de él, es porque ha demostrado con toda evidencia lo poco que vale ese hombre, y no menos para acallar los gritos que habrian levantado hasta el cielo sus partidarios, si el gobierno de México hubiera obrado sin la intervencion de su espada.

En efecto: supongamos que no hubiera venido Santa-Anna en nuestra ayuda, y que en las vicisitudes de la guerra hubieramos perdido un palmo de terreno, ¿qué no hubieran dicho los santanistas? ¿Qué cargos no habrian hecho al gobierno? Ciertamente que nos habrian taladrado los oídos con espresiones semejantes á estas: solo el general Santa-Anna es el que conduce siempre los soldados á la victoria; el es el único que sabe hacer la guerra; si se hubiera hallado en nuestro suelo, no solamente habria sido imposible á los americanos avanzar una linea mas acá de nuestros límites, sino que ya nuestras tropas, bajo su direccion habrian campeado por todos los Estados-Unidos, y habrian colocado nuestro pabellon trigarante en la misma ciudad de Washington.

Hablemos con sinceridad. ¿No habria sido eso lo que habrian dicho sus adictos, y aun lo propio que allá en los ensueños de su presuncion hubiera pensado Santa-Anna? Pero vino, y desapareció la escena supuesta, convirtiéndose en la verdadera, aunque demasiado triste y vergonzosa. La nacion, sin el general Santa-Anna, habria hecho la paz ó la guerra; mas ni la una ni la otra le habrian ocasionado las pérdidas que ha sufrido en ambas. Persuádase bien de esta verdad el general Santa-Anna, y no haga mérito de unos servicios que no han sido para la patria otra cosa sino gravísimos males. Aun cuando supusiéramos que se habia lanzado á la guerra por un movimiento de patriotismo puro, ese patriotismo habria sido funesto para la república. Pues, ¿quién ignora que con la virtud ejercida sin la oportunidad correspondiente, se producen males en lugar de bienes?

Ya hemos dicho que sus mismos partidarios se han visto obligados á acogerse al pretexto de ineptitud para salvar esa decantada lealtad de que tanto se jacta y tanto repite su héroe. En efecto: si se pregunta á Santa-Anna si antes de emprender la guerra conocia ó no, á ese ejército, que casi en su totalidad habia creado el mismo, y que iba á servirle de instrumento para ella, si conocia las armas con que iba á pelear, compradas en la mayor parte bajo su direccion, por sus ministros; y en fin, si conocia los soldados y armas contra que iba á pelear, ¿qué podrá responder satisfactoriamente? ¿Podrá disculparse con la inconstancia de la fortuna, de los reveses que ha sufrido? Entienda bien que la obligacion de un gobernante al emprender una guerra, es calcular las probabilidades, para llevarla á efecto ó evitarla. No consiste la habilidad, el patriotismo y la obligacion, en vestir soldados con atollondramiento, gastar dinero y tirar balazos del mismo modo, sino en pensar con madurez, prever con acierto, y calcular con tino lo que mejor convenga á la patria.

Si Santa-Anna luego que se presentó á la república hubiera previsto, como debió, todo lo que ha sucedido; si en tal concepto hubiera celebrado desde entonces una paz menos desventajosa que la que se ha hecho, habria sin duda servido mejor á la nacion, que con la ridicula estrategia que solo ha producido el efecto de poner en manos del enemigo nuestras mejores armas, y nuestras principales ciudades. ¿Y aun se atreve á zaherir á un gobierno porque ha celebrado la paz que sus punibles aberraciones han hecho necesaria? ¿Aun se atreve, no solo á quejarse, sino á insultar á un gobierno, que si en algun defecto ha incurrido, es en haberlo tratado con la consideracion que no merece?

Ya es tiempo de que reflexione sobre su conducta, y de que conozca el concepto en que se halla respecto de la nacion, como tambien de que se desengañe de que esta no la componen cuatro aduladores interesados en el despilfarro de los gobiernos, ni cuatro hombres inmorales, cuya nulidad se prueba suficientemente con solo advertir que necesitan de su sombra para ser algo. La nacion se compone de otras personas muy diversas, que, aunque la desgracia las obligue á sufrir un yugo, saben pensar y conocer. Nosotros hablamos únicamente como unas de estas, y por lo mismo tomamos de la circular de que tratamos, lo que tan solo afecta á la verdad y á la justicia. Por lo mismo no emprendemos la defensa del Sr. Rosa, ni de cualquier otro individuo á quien se injurie en el documento mencionado. Ellos lo harán si gustan y les conviene, nosotros continuaremos nuestras reflexiones en los términos indicados.

Tomamos del Razonador del día 19 del corriente, el último párrafo de su artículo de fondo.

“Pasó ya el tiempo de la desesperacion, en que el despecho nos ofuscaba los sentidos, en que no alcanzábamos á vislumbrar sino males. Firmada la paz, y habiéndose acogido esta consoladora nueva con alegría en casi todos los estados, el prisma por el cual vemos al presente, es muy distinto: nuestra esperanza renace, y se aumenta á cada instante con el espíritu conciliador que domina en la nacion y se va extendiendo por ella. Paz es el único clamor que se escucha; por la paz suspiran todos, y ella colmará, al fin, los deseos que abriga en los buenos ciudadanos y patriotas. Por

la paz se han decidido los pueblos, y á su solo acento rebosan ya de júbilo. ¿Qué podrán contra ese voto universal los pocos que aun se atreven á predicar la guerra? ¿Qué contra el gobierno, apoyado por esos pueblos? ¿De qué les valdrán sus planes de nuevos trastornos y revoluciones? ¿Qué harán sino ceder al inevitable torrente de la general opinion, ó emigrar de una patria que han llenado de luto y desventuras? Concluido el pretexto de la guerra, con el cual han estado especulando hasta ahora, ¿de qué otro pueden valerse para saciar su sed de ambicion y de rapiña? De ninguno. Por eso detestan la paz; por eso llaman traidores á los que la desean. Con ella no podrán medrar ni mantener sus vicios. La paz es para los hombres de bien una bendicion de cielo: para los bribones un mal inmenso; el castigo mayor que se puede dar á los malvados.”

Una persona fidedigna que está perfectamente impuesta en los negocios de Guadalajara, nos ha asegurado, y nos ha facultado para que lo publiquemos, que en la eleccion que se hizo en aquella ciudad de Sres. diputados y senadores, fué nombrado entre los primeros el Sr. D. Manuel Reyes Veramendi, con el laudable objeto de dar al ayuntamiento de México, de que fué alcalde 1.º e mencionado Sr., un testimonio público del aprecio que ha merecido de las personas sensatas por su noble y patriótico comportamiento. Semejante conducta honra tanto á los Sres. electores, como al Sr. Reyes Veramendi y á sus dignos compañeros, que con tanto tino supieron sobreponerse á la situacion angustiada en que los dejó el general Santa-Anna por el modo punible con que abandonó la capital.

Tres Sres. diputados residentes en México hicieron presente al Sr. ministro de hacienda, que no podian pasar á esta ciudad á desempeñar su encargo por falta de recursos pecuniarios, y S. E. mandó que inmediatamente se pusiera una orden para que el Sr. director del tabaco entregara los viáticos de dichos Sres. á la persona que aqui los representó, encargándole que hiciese saber á todos los Sres. diputados que estuviesen en igual caso, que lo manifestasen al referido Sr. ministro, para proporcionarles al punto los recursos necesarios para su viaje.

AVISOS.

A LOS QUERETANOS.

NUEVO MÉTODO

DE

ESCRIBIR Y HABLAR EL IDIOMA INGLES

SIN NECESIDAD DE MAESTRO.

Como al hacer la publicacion del Vocabulario de la lengua inglesa, se tuvo presente que la clase menos acomodada de la sociedad no podria hacerse de esta tan útil como necesaria obra, en razon del precio á que se circuló; mas considerando la suma utilidad que de su lectura resultará á nuestros conciudadanos en las presentes circunstancias en que se hace tan necesaria la adquisicion de este idioma, se dispuso extractar de Vocabulario las voces mas necesarias, tanto de los artículos del comercio mas precisos, cuanto de los diálogos y conversaciones familiares que son mas indispensables para el trato social, agregándole ademas la pronunciacion del idioma ingles.

Este cuaderno consta de 24 páginas en octavo mayor, y va adornado con una estampa litografiada.—Se halla de venta al precio de dos reales el ejemplar, en la casa de Don José María Merino, Portal de Carmelitas número 2.

3v-2

Se hallan de venta en la sombrerería de D. Felix E. Cosío en la calle del Hospital, planos topográficos de la ciudad de Querétaro de mas de vara, litografiados en New York sobre papel de marca al precio de tres pesos.

En la calle de la Alhóndiga, frente al nuevo teatro, se ha abierto un Café y fábrica de cerveza, con la denominacion de **LIBRES**, en el que á mas de un buen surtido de licores y carne preparados, los dias festivos se servirán almuerzos de gusto esquisito á precios equitativos, lo que se participa al público, ofreciéndole el mas aseado y cumplido servicio.—Querétaro, Febrero 5 de 1848.—Barragan y hermano.

2-2

IMPRENTA DE J. M. LARA, C. DEL CHIRIMOYO N. 15.

PUNTOS Y PRECIOS DE LA SUSCRICION.

En esta ciudad, en la librería del portal de la plaza principal, don Lauro Carrillo.—Aguascalientes, don Antonio Arenas.—Celaya, don Roman Reynoso.—Cuernavaca, don José M. Garduño.—Durango, don José J. Roldan.—Guadalajara don Dionisio Rodríguez.—Guajalajara, don Antonio Castellanos.—Izúcar de Matamoros, don Rafael Vargas.—Lagos, don Quirino Sanroman.—México, antigua librería de Galvan, portal de Agustinos.—En la plazuela de libros de don Antonio de la Torre.—Morelia, don Francisco Retana.—Oajaca, don José A. Alberdi.—Pátzcuaro, don Juan Huerta.—San Luis Potosí, don José Morillo.—Sayula, don Claudio Gutierrez.—San Juan del Río, don Dionisio Uribe.—San Miguel de Allende, don José Luis Sautto.—Santa María del Río, don José Guadalupe Nava.—Teócalitchi, don Eduardo G. Laris.—Toluca, don José María Arnaldo.—Zacatecas don Marcos Amador.—Zapotlan el Grande, don José Dolores Perez.—Zamora, don Ignacio Garcia.—Leon, don Agustín Onate.

Este periódico se publica todos los miércoles y sábados. El precio de la suscripcion es de diez reales para esta ciudad, y once para fuera, franco de porte.